

# Por el entorno de la ermita y el castillo de Ordás

J. MARIANO SERAL

En una gélida mañana de marzo, bajo un despejado cielo azul iluminado por un sol radiante cuyos dorados rayos todavía no habían vencido su timidez invernal, encaminamos nuestros pasos hacia el bonito pueblecito de Santa Eulalia de la Peña. Para arribar a esta localidad saliendo desde Huesca tomamos la carretera dirección a Apiés, tras pasar esta población llegamos a un cruce en el cual dejamos a mano izquierda Sabayés, en pocos minutos llegamos a Santa Eulalia de la Peña por un angosto vial que serpentea ganando altitud. Habíamos visitado estas tierras en diciembre, hoy retornamos en el mes de marzo, mientras vamos ascendiendo por la carretera no podemos dejar de contemplar en lo alto de la grisácea ladera el caserío encaramado en una repisa.

Nada más echar pie en tierra, varios canes cumpliendo con su fiel labor de vigilancia de una finca dan comienzo a una ensordecedora algarabía tras una diáfana verja, a través de la cual podemos ver sus afilados colmillos y bruidos ojos.

Desde dicha población tomamos dirección norte, dejamos a mano izquierda el pozo de nieve de las Planas, la senda va ascendiendo con pronunciada pendiente por las faldas del pico Piacuto. En los acantilados de las pétreas crestas se encaraman varios buitres buscando la tibieza de los tímidos dorados rayos solares invernales. Llegamos a la pista, en la cual a mano derecha podemos contemplar una porción de los grisáceos acantilados de Cienfuens, más al norte la majestuosidad de los Pirineos teñidos de la pureza del blanco nieve, a mano izquierda un panel informativo nos indica la ermita de Ordás y el pozo de nieve de Ordás, dirección que seguimos. Transitamos entre alguna diseminada carrasca y buchos que adquieren tintes rojizos debido al rigor del invierno que ya toca a su fin, en pocos minutos arribamos al observatorio de aves, desde este punto la vista es preciosa, durante unos minutos contemplamos la belleza del lienzo, podemos ver gran parte de la Hoya de Huesca, un multicolor mosaico compuesto por teselas verdes del cereal que parece desperzarse del letargo invernal, blanco de la flor del almendro, destellos de los tibios rayos solares sobre la cristalina superficie del embalse de Montearagón, más al oeste el contraste del trazado geométrico de la retícula de los chalets de nueva construcción con el caserío tradicional de Nueno, en alguna de las chimeneas se proyecta una blanca columna de humo. Aunque el día ha salido soleado



Castillo de Ordás



Ermita de Ordás



Castillo de Ordás

la opacidad de la bruma nos impide otear el horizonte, escuchamos en la lejanía el murmullo de las grullas, que se desplazan libremente por el cielo azul bosquejando la silueta de una punta de flecha. Una vez que cambiamos de vertiente podemos admirar el congosto del río Isuela y como telón de fondo del escenario el caserío de Arguis, entre tintes azulados de las margas. El recorrido alterna pista con senda, transitando entre pinos, hace acto de presencia el erizón, en pocos minutos arribamos al pozo de nieve de Ordás, el cual se encuentra amurallado por un pinar, enseguida comprendemos porque eligieron esta ubicación para

construir dicho pozo, el terreno esta completamente rígido por el gélido hielo, hay tramos teñidos de blanco nieve de la nevada de la semana anterior, aunque hace unos minutos nos habíamos quitado el forro polar al ir ascendiendo ahora nos tenemos que arropar ya que sentimos la frialdad de la umbría. La senda esta marcada, aunque hay tramos en los cuales el trazado se difumina entre las aciculares hojas rojizas de los pinos que se han ido desprendiendo, por lo cual hay que estar atentos para no desorientarse, dicho pozo esta restaurado, sus paredes de mampostería irregular tiene planta ovalada, citamos a Pedro Ayuso Vivar- Pozos

de nieve y hielo en el Alto Aragón: "Tiene 7,30 metros de diámetro y 5,50 de profundidad, aunque es de suponer que esta sería mayor, ya que tiene depositados una gran cantidad de sillares de piedra que cubren el fondo". Seguimos dirección norte hasta que arribamos a la ermita de Nuestra Señora de Ordás. Según la mesa de interpretación próxima: "esta ermita es el resultado de sucesivas fases constructivas desde el siglo XII. La portada románica, se compone de tres arquivoltas semicirculares. La interior está decorada con almohadillado" en la parte superior podemos observar un crismón, citamos a José Luis Aramendia - El románico en Aragón: "de planta rectangular dividida en cuatro tramos y capilla absidial de testero plano. El ábside lo hace con bóveda de medio cañón". En nuestra visita de diciembre el tejado de la vertiente norte y las paredes presentaban un aspecto deteriorado, para nuestra sorpresa en la segunda visita en el mes de marzo se estaban realizando labores de rehabilitación de las paredes y tejado, en el muro sur se ha dejado al descubierto los sillares que permanecían semiocultos bajo la opacidad de una capa de revoque.

Desde la ermita nos acercamos hasta el castillo de Ordás, el cual consta de un solitario muro de mampostería irregular que cierra un espolón rocoso, con vertiginosos acantilados que dan al congosto del Isuela. Citamos a Adolfo Castán- Torres y castillos del Alto Aragón: "Este muro mide 1,48 m de espesor y se apareja con mampostería ruda. El muro posee una altura aproximada de 7 m". Una puerta adintelada nos permite pasar al otro lado del espolón, el terreno en los bordes del acantilado está resquebrajado, vemos en el abismo que a lo largo del tiempo la erosión ha ido desprendiendo algún gran bloque, contemplamos durante unos minutos el pétreo estrecho por el cual discurre el río Isuela, la belleza del paisaje se ve mermada por la negra lengua de asfalto, y los desmontes de la autovía, rígidos pilones de hormigón se erigen con la finalidad de servir de soporte para algún nuevo puente, nuestra vista por unos instantes sigue el trazado de tres trayectorias: la carretera vieja, la que se usa actualmente y la que se está construyendo. Al norte el caserío de Arguis al pie de la sierra de Bonés entre tonalidades azuladas de las margas. Tomamos rumbo norte con la intención de acercarnos hasta una caseta de pastores, de planta circular, paredes de mampostería de tamaño irregular, puerta de acceso adintelada, bóveda cónica de losas de piedra. A esca-

sos metros un muro de piedra seca perteneciente a un corral, una mesa de interpretación nos da información sobre los usos de este tipo de casetas, también nos informa que en esta zona se practicaba el pastoreo de cabras. Tras observar dicha construcción así como el entorno en el cual nos encontramos nos viene a la mente la siguiente reflexión: "que sencilla era la vida en antaño, el pastor salía al campo con su rebaño para que pastase por los verdes campos. El pastor podía vivir durante algunos días en estas casetas, sin necesidad de televisión, móvil, internet, gps, sin reloj que marcara el inexorable paso de las horas, eso si hay que reconocerlo que era una vida austera y dura, en un entorno agreste.

**>"La ermita de Ordás es el resultado de sucesivas fases constructivas desde el siglo XII"**

Una última mirada al paisaje e iniciamos nuestro retorno, la temperatura ha ido ascendiendo y la gélida cutícula de hielo que envolvía el campo va sucumbiendo a los dorados rayos solares. Tomamos dirección Huesca, al llegar a Apiés nos detenemos durante unos minutos para contemplar la bonita portalada de entrada de la Iglesia dedicada a San Félix, con arquivoltas y dovelas almohadilladas. Consultamos la página web [www.romanicoaragones.com](http://www.romanicoaragones.com): "Las arquivoltas apean mediante ábaco corrido en cuatro parejas de capiteles decorados con motivos vegetales muy sobrios, ya en clave de transición entre un momento cisterciense y el inminente gótico". Al ser domingo escuchamos el tañido festivo de las campanas, mientras los feligreses acuden puntualmente a la santa misa.

El gélido invierno toca a su fin, el campo sale de su letargo invernal, las tonalidades grisáceas de la adormecida vegetación se tornan en verde esperanza, las grullas bosquejan en el azul cielo la silueta de una punta de flecha, al pie del Piacuto el pozo de nieve de Ordás busca la frialdad de la umbría, la ermita de Ordás derrama lágrimas de alegría al ver que sus sillares recuperan su esplendor, el solitario muro del castillo se encarama en un pétreo espolón, siempre vigilante del ir y venir de las gentes por el congosto del Isuela.